TUCAN 10+

Un cocodrilo para Laura

BEATRIZ OSÉS

Ilustraciones de Miguel Ángel Díez

edebé

Un cocodrilo para Laura

Beatriz Osés

Un cocodrilo para Laura

edebé

© Beatriz Osés, 2014
© *Ilustraciones:* Miguel Ángel Díez

© Ed. Cast.: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés

Primera edición: marzo 2014

ISBN 978-84-683-1242-2
Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. El semáforo de la calle Garibaldi 7
2. Debajo del estanque 15
3. El primer bocado 21
4. Una noche especial 27
5. El despacho del director 35
6. La desaparición del señor Malavenda . 43
7. Un bicho raro 53
8. Primer día de clase 59
9. Un nuevo amigo 65
10. Un cocodrilo hambriento 73
11. El interrogatorio 79
12. Sin noticias de Nicola 87
13. Triple mortal 95
14. Dos nuevas desapariciones 105
15. Un billete, por favor 111
16. El tren de Laura 119

17. La decisión de Daniela 127
18. Regresando a casa 131
19. Atrapados 141
20. Dos fugitivos 147
21. Sin salida 153
22. La duda 161
23. Última parada 171
24. Despedida 175
25. Una casa vacía 181
26. Los cuatro durmientes 191
27. ¿Qué cocodrilo? 199

1
El semáforo de la calle Garibaldi

Si le hubieran preguntado por qué se había subido a aquel semáforo, Laura habría contestado que no lo había hecho para llamar la atención de nadie, sino porque no quería bajar al suelo. Así de sencillo. Pero cuando los curiosos, los agentes municipales, los bomberos y su tía se arremolinaron en torno al semáforo de la calle Garibaldi, nadie le preguntó qué pretendía.

Solo le hacían gestos aparatosos con los brazos para que saltara hacia una lona de color rojo que sostenían justo debajo de la señal de tráfico. Algunos gritaban; sin embargo, sus voces se confundían unas con

otras y la niña no llegaba ni siquiera a escucharlas.

—Pero ¿cómo demonios ha subido hasta allí? —preguntó asombrado el jefe de bomberos al llegar al semáforo en cuestión.

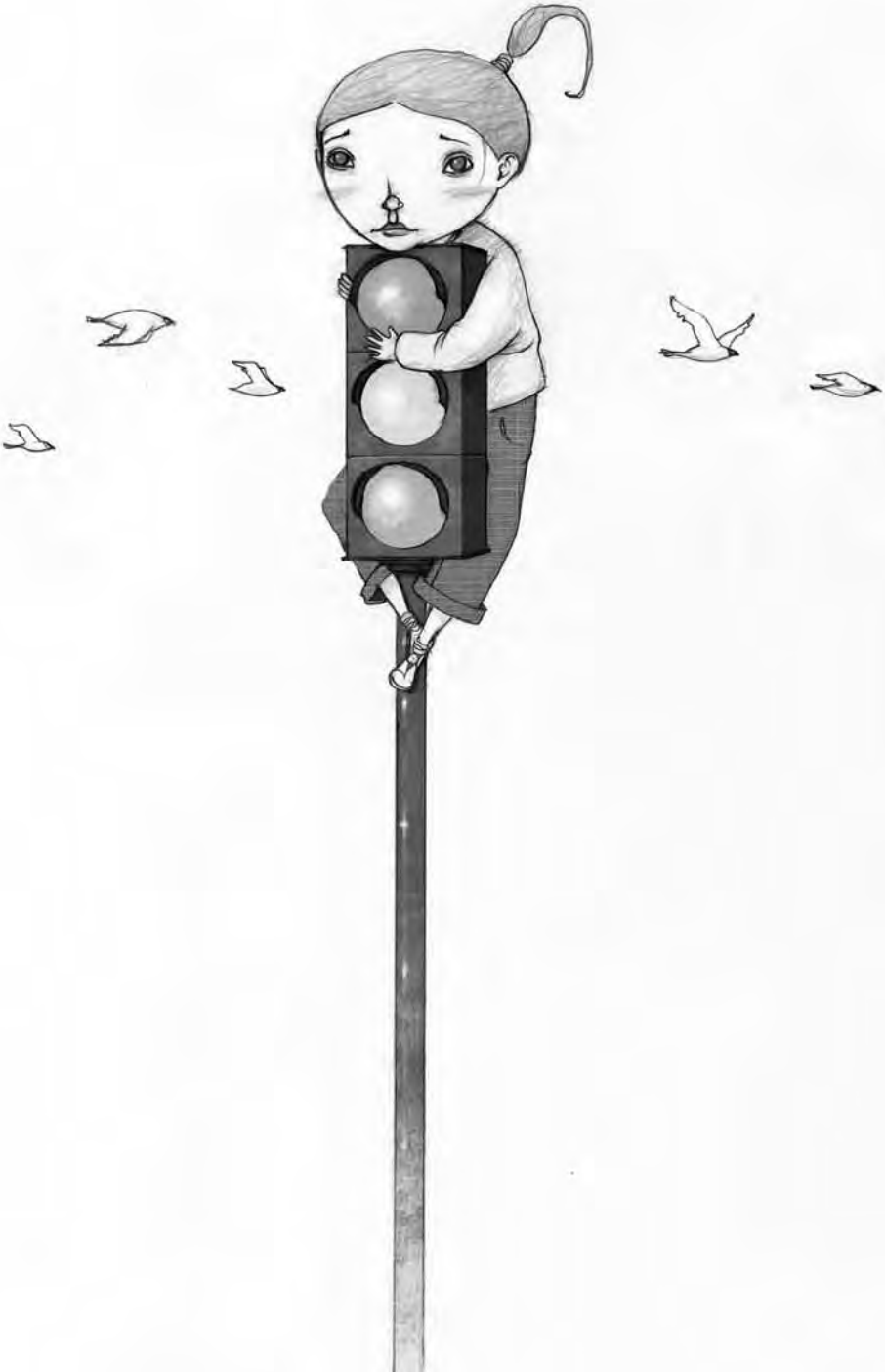
—Me despisté un momento mientras esperábamos a que la luz se pusiera verde y salió disparada de mi coche. No pude detenerla. Cuando quise darme cuenta, ya había comenzado a trepar por el poste —se excusó su tía Daniela.

—Pues habrá que convencerla para que baje lo antes posible. Está provocando un atasco monumental. Lo mejor será que hable usted con ella —le propuso uno de los policías.

—Lo intentaré, pero mi sobrina es muy cabezota —advirtió.

La tía Daniela se colocó junto a los bomberos. Inclinó el cuello hacia arriba y tomó aire.

—¡Laura, por favor, baja de ahí arriba! ¡Es peligroso, cariño! ¡Tienes que hacer caso a



los bomberos y no te pasará nada! —chilló con todas sus fuerzas.

Si la hubieran tenido en cuenta, si se hubieran interesado por saber cómo se sentía, cómo se encontraba, quizá Laura no hubiera escalado el semáforo de la calle Garibaldi una tarde de finales del mes de abril. Pero nadie se lo había preguntado. Tan solo le habían anunciado que su madre había muerto en un accidente de coche, le habían pedido que hiciera sus maletas, que abandonase su pueblo de la Toscana y que se fuera a la ciudad a vivir con su tía Daniela. A la ciudad donde, como decía su madre, los tomates eran de plástico, las personas no tenían nombre y los árboles se ocultaban detrás del gris.

Así que al oír la voz desgañitada de su tía, la niña miró durante unos instantes hacia abajo, pero no dijo nada. Se hizo un silencio y las bocinas de los coches que se apelotonaban en la calle dejaron de sonar. Los

bomberos esbozaron una sonrisa al ver que la niña se inclinaba hacia adelante.

—¡Mirad, va a saltar! —advirtió convencido uno de los ancianos que devoraba cacahuetes en el banco de la esquina.

Los policías sonrieron aliviados, igual que la tía Daniela y que los conductores que habían descendido de sus vehículos porque no daban crédito a lo que estaba sucediendo aquella tarde en la calle Garibaldi.

—¡Vamos, salta, no tengas miedo! —la animó uno de los jóvenes bomberos que sostenía la lona roja.

Pero ella no saltó. No lo habría hecho nunca. A pesar de que cada vez hacía más frío, se mantuvo encaramada en el semáforo como un mochuelo en su olivo, sentada sobre la barra de metal. Y, de este modo, pasaron las horas y llegó la noche a la ciudad.

También acudieron al lugar multitud de periodistas que trataron de hablar con ella.

—¿Por qué protestas, tienes alguna peti-

ción que hacer a los políticos, a tus profesores, a la sociedad? —le preguntaban sin cesar.

—¡Dinos algo, mañana serás noticia en todos los periódicos italianos! —le aseguró una periodista después de fotografiarla.

A pesar de su insistencia, la niña no quiso realizar ninguna declaración y soportó los *flashes* de las cámaras digitales que la bombardearon durante varios minutos. Poco después, la nube de reporteros desapareció de la calle Garibaldi. Mientras tanto, los bomberos se iban turnando con los vecinos para sostener la lona roja y aprovechaban aquella tregua para comer los bocadillos de atún que les había preparado el dueño de uno de los bares de la zona.

Ya de madrugada, a la luz de las farolas, algunos conductores se habían quedado dormidos sobre el volante, otros escuchaban la radio o hablaban furiosos a través del teléfono móvil. La mayoría había reclinado

sus asientos para echar una cabezada y sus cuellos se ladeaban con torpeza hacia un lado y hacia otro buscando una posición más cómoda.

A medida que transcurría el tiempo, los ojos de Laura también se fueron cerrando. Cada vez se sentía más débil y agotada. A diferencia de los cientos de personas que se habían congregado alrededor del semáforo, ella no había comido ni bebido nada durante las últimas horas. De pronto, sus brazos se aflojaron y se dejó caer al vacío. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando aterrizó sana y salva en la lona roja que sujetaban los bomberos.